

**ANALES DE LA ACADEMIA NACIONAL
DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES**

TOMO XLII (2) - AÑO 2008

ANALES DE LA ACADEMIA NACIONAL
DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES

TOMO XLII - AÑO 2008

VOLUMEN 1

- Preliminares
- Incorporaciones
- Comunicaciones en Plenario
- Otras Comunicaciones Científicas

VOLUMEN 2

- Conferencias
- Seminarios
- Premios
- Libros
- Documentos

La publicación de los trabajos de los académicos y disertantes invitados se realiza bajo el principio de libertad académica y no implica ningún grado de adhesión por parte de otros miembros de la Academia, ni de ésta como entidad colectiva, a las ideas o puntos de vista de los autores.

**ANALES DE LA ACADEMIA NACIONAL
DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES**

TOMO XLII (2) - AÑO 2008

BUENOS AIRES

Director de *Anales*
Académico Titular Dr. Alberto Rodríguez Galán

Consejo Asesor de *Anales*
Académico Titular Dr. Amílcar E. Argüelles
Académico Titular Dr. Mariano N. Castex
Académico Titular Dr. Roberto J. Walton

Secretaria de Redacción
Dra. Isabel Laura Cárdenas

ANALES

Dirección Postal
Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires
Av. Alvear 1711, 3^{er}. Piso -1014 Buenos Aires
República Argentina
e-mail: info@ciencias.org.ar
página web: www.ciencias.org.ar

ISBN Obra completa: 978-987-537-097-5
ISBN Volumen 2: 978-987-537-099-9

Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires
Queda hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina

IV
CONFERENCIAS

LA INDIVIDUACIÓN A TRAVÉS DEL TEGUMENTO

*Conferencia pronunciada
por el Académico Correspondiente Dr. Federico Pégola
en la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires
en la sesión pública del 30 de junio de 2008*

Además de los sentidos, es el tegumento que nos pone en contacto con el medio externo. La piel –el órgano más voluminoso del organismo como con frecuencia es motivo de pregunta en los programas televisivos– ha sido objeto de diversos tipos de pinturas y mutilaciones, a través del tiempo y en casi todos los grupos lingüístico culturales. Objetivos mágicos y estéticos se persiguieron en todas estas acciones en muchas de las cuales no estuvo ausente la crueldad, habitualmente como un cierto tipo de autoagresión. Si bien en términos generales la fealdad o la falta de estética no constituyen una afección, afectan a la individuación. El *marketing* actual desestima estas características y aúpa las de la belleza, sobre todo femenina. En ese sentido puede leerse el interesante libro de Desmond Morris titulado *La mujer desnuda*¹. ¿Cuáles son las circunstancias que llevan a esta dependencia del individuo sobre el estado del tegumento?

El aspecto insoslayable es el tema de los tatuajes, puesto que esta práctica tiene su costado mórbido, un sentido donde la afección no está en la piel sino en la psiquis del individuo. Desde ya que excluimos de esta clasificación, que puede resultar agresiva para muchas personas, el caso de las modas que han producido el importante auge actual del tatuaje. Omitimos también la mención a los tatuajes de carácter perverso, tales como los efectuados en la zona interglútea o directamente en los genitales² tanto femeninos como masculinos que marginan en la psicopatología sexual, parafraseando o glosando –no podemos asegurar la palabra correcta– el antiguo trabajo de Richard von Kraft-Ebing que tantas polémicas abrió. Sin embargo, como veremos más adelante, las etnias pretécnicas o naturales emplearon los tatuajes en forma constante como manera de categorizarse.

Algunos tuvieron características rayanas en lo grotesco y otros tatuajes fueron realizados en las prisiones. En el primer tipo podemos señalar como ejemplo el caso de un calvo (según aparece en *Caras y Caretas*³ en un número de 1910) que no tuvo mejor idea que

¹ D. Morris, *La mujer desnuda*, Barcelona, Planeta, 2005.

² M. Adatto, *Living Skin*, Basel, Editiones Roche, 1993.

³ “El tatuaje en Londres”, *Caras y Caretas*, Buenos Aires, N° 603, 23 de abril de 1910.

tatuarse la imagen del rey de Inglaterra sobre la testa. El texto (parece un juego de palabras) y cuenta lo siguiente: “el doctor Kesmee es un caballero que en Bond Street, la calle más chic de Londres, ha abierto un taller que él llama establecimiento de belleza. La belleza que cultiva es una belleza relativa. Quiere poner de moda el tatuaje, tan en uso entre los salvajes de todos los países del mundo”. Y agrega que una agencia fotográfica le remite la placa del “tatuaje hecho en la calva y en la espalda de un gentleman, que ha tenido la rara idea de grabarse el retrato del rey Eduardo VII de Inglaterra y (la) tan conocida escena que representa el paraíso terrenal antes de que los pecados de Adán y Eva arrojaran a estos antiquísimos antecesores de aquel lugar de dichas y venturas”.

Años después, la popular revista volvió a encarar el mismo tema⁴. En su número 933, de 1916, publicó con el título *La decoración artística del cuerpo humano*, el dorso y la calva de un apache apresado en Madrid (así reza el epígrafe de la fotografía) con un enorme tatuaje que representaba el Paraíso Terrenal. El texto decía que los apaches parisinos debieron abandonar su patria debido a “su salvaje y bestial actividad”.

La revista *P.B.T.*, que competía con la fama de *Caras y Caretas*⁵, no quiso ser menos y, también en 1910, publicó –en cinco páginas– un trabajo ilustrado con numerosas fotografías que tituló *El tatuaje*. Comenta la antigüedad de esta práctica: Herodoto la señala entre los tracios, Luciano entre los sirios, Lombroso entre fenicios y judíos, Julio César entre los bretones... En este trabajo se mencionan cinco tipos de procedimientos utilizados para tatuar: 1. por punzadas; 2. por incisión simple; 3. por ulceración o cauterio; 4. hipodérmico y 5. mixto. Aquí, la imagen del calvo reapareció.

Recurriendo nuevamente a la fuente bibliográfica de *Caras y Caretas*⁶, en el número 720 de 1912, firmada por Eusebio Gómez, aparece un artículo titulado *El tatuaje en las prisiones*, donde dice que esta práctica en “los delincuentes no es una simple curiosidad superficial. Revela modalidades de su alma, casi siempre. La historia de sus crímenes suele estar sintetizada en un jeroglífico cualquiera, en una fecha, en una inicial. En tales casos la contemplan en sus horas de encierro, con una voluptuosidad morbosa y la exhiben

⁴ “La decoración artística del cuerpo humano”, *Caras y Caretas*, Buenos Aires, Nº 933, 19 de agosto de 1916.

⁵ “El tatuaje”, *P.B.T.*, Buenos Aires, Nº 312, 19 de noviembre de 1910.

⁶ E. Gómez, “El tatuaje en las prisiones”, *Caras y Caretas*, Buenos Aires, Nº 720, 20 de julio de 1912.

orgullosamente, a quienes quieren verla. Así demuestran la ausencia de todo remordimiento. Un muchacho muy joven, casi un niño, mató a una mujer porque no quería seguirlo. ‘Ahora está siempre conmigo’ –nos dice–, y nos hace ver un pretendido retrato de ella, tatuado por él mismo, sobre el pecho, cerca de su corazón perverso”. Abunda en otros detalles similares. Y termina: “Muchos llevan tatuada la fecha de su ingreso en la prisión; otros, fantasías que solo ellos comprenden y que se niegan a explicar; en algunos se encuentran alegorías morales, sarcásticamente colocadas junto a la reproducción de escenas de inenarrable obscenidad”.

El tatuaje en las prisiones podría ser tema para un tratado en virtud de la simbología con significados tan dispersos. En la Rusia de Josef Stalin, en la década del 30, nació la hermandad Vory en aquellos que, por causas diversas, habían sido enviados a Siberia. El grupo de los delincuentes de etnias de distintos grupos tales como los propios rusos, georgianos, uzbekos, azerbaijanos, ucranios, kazajos y abjasios, se distinguían –en sus jerarquías carcelarias– por tatuajes que, como cartas de presentación, indicaban el tipo de delincuencia cometida, los años de cárcel, la orientación sexual, etc. Nadie debía alterar el orden jerárquico so pena de graves represalias. En el nivel más alto, el cofrade llevaba tatuadas estrellas en su rodilla, lo que indicaba que nunca debería postrarse ante nadie. Dos películas, una documental *The Mark of Caín* y otra dirigida por David Cronenberg titulada *Promesas del Este*, recrean este tema.

En la actualidad, las notas periodísticas no llegan tan lejos: no se indaga sobre el subconsciente de hombres y mujeres tatuados. La protesta, no obstante, parece ser el motivo principal. La tela viviente ha permanecido quieta y paciente y la obra está terminada: la piel luce colorida con el gran dragón emplumado. Se han tomado precauciones para evitar los fantasmas de las hepatitis B y C y del sida. Puede llegar el arrepentimiento y las técnicas de remoción del tatuaje.

Retamar *et al.*⁷, demostrando la individuación a través de la piel, luego de estudiar las complicaciones infecciosas de los tatuajes, expresan: “Diversas causas influyen en esta determinación: grado de convicción del paciente (*Nota del autor*: basan su trabajo en aquellos pacientes que desean extirpar su tatuaje) en el momento de realizarse el tatuaje, aceptación por parte de familiares, amigos, pareja,

⁷ R. A. Retamar, M. C. Balian, R. E. Luna y E. N. Chouela, “Tatuajes: desde las momias y los polinesios a los tiempos del sida”, *Dermatología*, Buenos Aires, 4 (Nº 3): 247-253, 1998.

público en general, zona del cuerpo tatuado (zonas visibles), edad en el momento de la realización, estado psicofísico del paciente (decisiones compulsivas), tipo de tatuaje realizado y costo del mismo”.

Es que no siempre los tatuajes gozaron del beneplácito tanto de familiares como de las autoridades. En el *Levítico* se prohíbe expresamente el tatuaje: “no os haréis incisiones en vuestra carne ni imprimiréis en ella figura alguna”. No obstante, así como los soldados de la Antigua Roma se escribían el nombre de su emperador en los brazos, el estigma (del griego, picadura, punzada) se utilizaba para identificar a los criminales y a algunos esclavos.

Sin buscar ejemplos fuera de nuestro territorio, podemos mencionar los relatos y observar los ingenuos dibujos –posteriormente rehechos en Europa– del jesuita Florián Paucke⁸, quien conviviera con los indios mocobíes y dejara las características de su cultura en un verdadero trabajo de campo antropológico. En un dibujo muestra a dos mujeres indígenas con sus tatuajes y un varón con mirada torva y tatuajes en su frente y en el cuello. En la parte inferior del colorido dibujo, se representa a quien realiza el trabajo de tatuar –una mujer en este caso– con una espina en su mano.

Nordenskiöld⁹, en su obra que no tardará en cumplir 100 años, en una minuciosa observación de los indígenas del Chaco, reproduce veinte esquemas de rostros con distintos dibujos –entre tatuajes y pinturas– de los chorotis del Río Pilcomayo y matacos. Algunos muy despojados y simples, otros que recalcan en párpados, mejillas y mentón. Muchos se practicaban antes de los rituales, sobre todo en las maniobras de iniciación de los adolescentes (primera menstruación en las niñas), en otros casos se utilizaban como medio de individuación y categoría social. La intención atribuida al tatuaje, con leves variantes, no ha cambiado desde sus orígenes ni con los diversos estados evolutivos de las distintas etnias. Con un concepto actual, Marechal¹⁰ dice: “La idea que lleva a las personas a tatuarse es el deseo de poseer algo único y propio que le acompañe toda la vida. Muchos hablan de la necesidad de modificar sus cuerpos de tal manera que sean decorativos y hermosos, una necesidad tan antigua como la naturaleza misma del hombre”.

⁸ F. Paucke, *Hacia allá y para acá* (tomo II), Tucumán-Buenos Aires, Universidad Nacional de Tucumán, 1944.

⁹ E. Nordenskiöld, *La vie des indiens dans le Chaco*, París, Librairie Ch. De-lagrave, 1912.

¹⁰ M. Marechal, “Piel fina. Un milenario arte siempre a flor de piel”, *Encuentros*, Buenos Aires, 1 (Nº 2): 28-35, junio de 1995.

“Entre los tzónecas –sostiene Serrano¹¹– las mujeres acostumbraban tatuarse el pecho y los brazos haciéndose con tintas azules cruces, rayas paralelas y círculos. Además, hombres y mujeres hacían uso de pinturas corporales cuyo color variaban según fuesen las circunstancias, de regocijo, duelo o guerra. Para algunos clanes se ha señalado la costumbre de arrancarse las cejas y la barba, y quizá esto sea general en todos ellos”.

El tatuaje, como hemos dicho, no escapó al uso de la mayor parte de los pueblos naturales del mundo entero. Entre los esquimales, por ejemplo, estuvieron relacionados con representaciones mágicas y, más frecuentes entre las mujeres, el adorno se implantaba en las mejillas, frente y barbilla. Algunos subgrupos lo hacían también en las piernas, brazos y en el pecho. Los pueblos de Indonesia lo utilizaban profusamente y, en casi todos los casos, guardaban relación con las ceremonias de iniciación. No obstante, “Oceanía es la tierra clásica del tatuaje, y no puede negarse el origen polinésico del vocablo. Esta costumbre, que se ha difundido ampliamente por todo el mundo, presenta dos formas diferentes, tanto por su ejecución como por sus resultados: el tatuaje incoloro de cicatrices y el auténtico tatuaje de punción. El tatuaje de cicatrices consiste en hacer escarificaciones sobre la piel con un filoso cuchillo de bambú o algún otro instrumento cortante e introducir impurezas en la herida para prolongar el proceso de curación. Se logra de este modo la formación de cicatrices abultadas, dispuestas de tal manera que forman motivos figurados o geométricos. Este método es aplicado por muchas tribus de piel oscura de Melanesia. El tatuaje por punción se realiza con un pequeño instrumento semejante a un peine, con el cual se inocular debajo de la piel un pigmento que se obtiene del hollín de quemar nueces de aleurita y aceite. Los diseños se transparentan con una tonalidad azulada [...] efecto notable en los individuos de piel clara, como los micronesios y polinesios; de ahí que haya alcanzado su mayor perfeccionamiento técnico y desarrollo artístico en dichos pueblos”¹².

Otro tipo de adorno que se buscó para el tegumento fue la perforación, indudablemente método más cruento que el tatuaje. “Las tribus del Amazonas suelen perforar el tabique nasal para pasar por el orificio los objetos de adorno: plumas, palitos o aros. En el Amazonas y en el Chaco, se acostumbra también a perforar las aletas de la

¹¹ A. Serrano, “Los patagones o tzónecas”, *La Prensa*, Buenos Aires, 30 de junio de 1940.

¹² *Etnografía* (dirigida por Herbert Tischner), Buenos Aires, Compañía General Fabril Editora, 1964.

nariz, para poder lucir discos de nácar y otros adornos. La perforación de los labios, sobre todo del inferior, está asimismo muy difundida (Amazonia, Brasil oriental, Chaco y antiguamente entre los pampas). En esos orificios se llevan plumas, pendientes de placas de concha, taruguillos de madera (éstos alcanzan gran tamaño entre las tribus del oriente brasileño), piedras, astillas de hueso, etc. En la región amazónica, en el Brasil oriental y en el Chaco, algunas tribus llevan en los orificios practicados en el lóbulo de la oreja tarugos de madera que llegan a tener un diámetro de 13 cm. Además, usan plumas, palos, dientes, colgajos y, entre los araucanos, discos auriculares de plata. La perforación de la comisura de los labios para introducir pequeños tarugos de madera es poco común”¹³.

En otro orden, con menor agresividad sobre el tegumento, están los denominados afeites o sea aquellos del resorte de la cosmetología. En uno de los álbumes de colección de figuritas, allá por la década del 40 en el siglo pasado, que nos llevaba a la chokolomanía y nos introducía en la cultura, llamados *Maravillas del Mundo*, Delaquis¹⁴ expresaba lo siguiente: “Existen mujeres poco satisfechas de sus encantos naturales. Van a los ‘Institutos de Belleza’ para suplir con refinamientos del arte, las imperfecciones de la naturaleza. Su mejor aliado lo encuentran en el color. Tiñen de carmín sus labios y sus mejillas, subrayan con un trazo negro sus ojeras demasiado pálidas, tiñen también sus pestañas a capricho; dan a los cabellos el tono de moda por medio de los artificios de una pintura a elegir. Pero no hay duda alguna que los colores se borran, y por coquetería hay que refrescarlos [...] Se comprende que desde los tiempos más remotos, la mujer (y el hombre también) haya buscado una pintura indeleble. Los pueblos negros han descubierto desde hace bastante tiempo esa pintura permanente, y es el tatuaje. La palabra procede de la expresión tahitiana ‘tataou’ (nótese la similitud con la inglesa *tattoo*), que significa una marca dibujada en la piel, y por extensión, la operación que hace indeleble las imágenes trazadas en el cuerpo humano”.

Delaquis pone blanco sobre negro, lo mínimo y lo máximo.

A inicios del siglo pasado, los ejemplos paradigmáticos en cosmetología los encontramos en la revista porteña *Caras y Caretas*, que volvemos a citar. La cosmetología fue el fuerte de la propaganda. En junio de 1900, la Sra. Julia W. Taylor –especialista de New York– ofrece (así lo presenta) “el tratamiento, contra cicatrices de las virue-

¹³ Id., *ibídem*.

¹⁴ E. Delaquis, “El arte del tatuaje”, en *Maravillas del mundo*, Buenos Aires, Ed. Nestlé, (sin fecha).

las, contra el vello, las pecas, las arrugas prematuras [...] una serie de 8 baños faciales con masaje (*sic*) \$ 20. Depilación eléctrica \$ 5 hora”¹⁵. La consulta es gratis.

Aún más. Antes de introducirnos directamente en el tema de las enfermedades de la piel permítasenos una digresión sobre el charlatanismo médico aunque, en algunos casos, es de presumir que estemos hablando de curanderismo.

En el número siguiente de la misma revista se promociona, por medio de un aviso al pie del anterior que se repite, a la *Creme Jeunesse*, “cura contra las comezones de la piel, las hemorroides, el asma, los párpados inflamados, etc. Preparados para blanquear, para sonrosar, para conservar y hermoear el cutis. Cura infalible contra la sequedad, irritación o aspereza, alisa las arrugas dando tersura y suaviza el cutis, solo \$ 2”.

Donde la axiología no admite distracción es en el aviso de una página que aparece en agosto de 1903, que habla de *La eczema. Lupus y demás enfermedades de la piel. Su curación*. El inicio del prospecto adjunto es una introducción tan común en estos casos: la frecuencia de la enfermedad. Así dice: “Tantos son los individuos atacados de eczema, que su número forma una verdadera legión. En todas las clases sociales, entre los ricos, los pobres, los jóvenes, los viejos, se encuentran casos de personas víctimas de la enfermedad, que asume las más diversas manifestaciones desde las más nimias y apenas perceptibles, hasta los que se revelan como verdaderas llagas de aspecto indecible, pero siempre rebeldes, implacables, y sobre las cuales tanto se desconocen la causa inmediata de su aparición, como la de su cara completa”¹⁶. Prosigue luego el autor de la nota con una serie de disquisiciones sobre el eczema y sus implicaciones sobre las relaciones interpersonales y sobre el resto de los aparatos. ¿Qué ofrece entonces? “Se nos da pruebas terminantes de un caso curado y haciendo justicia lo damos al público”.

“El joven Gregorio Cerdeño atacado de eczema en la cara fue presentado por un empleado de la farmacia Alemana al Dr. Cantarell, (pone su dirección), quien haciéndole aplicaciones de un nuevo medicamento de procedencia oriental recientemente descubierto, ha obtenido el resultado que demuestra la segunda fotografía en el término de dos meses.

“Para dar testimonio de esta curación la administración de nues-

¹⁵ *Caras y Caretas*, Buenos Aires, N° 88, 9 de junio de 1900.

¹⁶ *Caras y Caretas*, Buenos Aires, N° 253, 8 de agosto de 1903.

tro colega *El Tiempo*, el gerente de la farmacia Alemana, (va la dirección), y varios comerciantes de esta plaza”.

Otro aspecto que compete a la individuación a través del tegumento son las afecciones que pueden provocar rechazo o discriminación por parte de la sociedad que, en cierto modo, han sido señaladas en los párrafos anteriores.

Celso, cuya labor mayor fue la de recopilador y divulgador de las enfermedades humanas, unas décadas antes de Cristo, tradujo del griego la obra del médico personal de Tiberio, llamado curiosamente o tal vez como agasajo al empleador, Tiberio Claudio Menekrates. Celso o a este último, vaya a saber, describió 40 dermatosis distintas, entre las cuales, el médico inglés Robert Willan creyó ubicar la psoriasis. Fue Willan quien consideró dos entidades psoriasiformes: la lepra graecorum discoides y la psora leprosa policíclica. Robert Willan, fundador de la dermatología británica, autor de *On cutaneous Disease*, volvía a reunir la dupla lepra & psoriasis después de más de 2000 años. Los escritos de Willan y su discípulo Thomas Bateman caerían más tarde en el descrédito.

Recién en el siglo XIX el médico austriaco Ferdinand von Hebra (1816-1880), que descubrió el líquen exudativo ruber, el eccema marginado y el impétigo herpetiforme y aconsejara –nuevamente– el empleo del mercurio en el tratamiento de la sífilis, demostró –en 1841– que la lepra graecorum y la psora leprosa de Willan era la misma enfermedad que tanta confusión había generado: la psoriasis. En 1860, von Hebra publicó el tratado de dermatología más amplio y completo que se hubiera publicado hasta ese momento.

Las enfermedades de la piel han dado lugar a una serie de teorías que nunca pudieron ser demostradas pero mantuvieron vigencia –y aún la mantienen– durante varios siglos. Samuel Federico Cristian Hahneman (1775-1843), padre de la homeopatía basó su especulación en tres pilares fundamentales: que la enfermedad se cura con lo mismo que la produce (*similia similibus curantur*); que las dosis del medicamento deben ser ínfimas (dilución) y que la afección surge a través de la piel, teoría del psora que sostenía que todos los procesos morbosos son generales y dependen de un disturbio de la fuerza vital del organismo, con el agravante literario de mencionar tres daños fundamentales: la psora, la sífilis y la sicosis.

En noviembre de 1955, el médico argentino Tomás Pablo Paschero¹⁷, entusiasta y puntal de la homeopatía en nuestro país, escribía que “la psora resulta originariamente de la supresión de una ma-

¹⁷ T. P. Paschero, *Homeopatía* (sin otro dato), 1973.

nifestación cutánea exonerativa que da lugar a una perturbación interna, por la retrocesión de la energía vital eferente. Esta es la esencia misma de toda la doctrina Hahnemanniana”. Además se refirió a otra idea del médico alemán que consideraba que la supresión de la sarna producía la psora interna que asumía la característica de una hidra de múltiples cabezas, capaz de estallar brutalmente, cómo, y son palabras de Hahneman, “un príncipe era precipitado de su rango, una madre perdía a su hijo único o una joven caía en una profunda melancolía por un amor desdeñado”.

Es interesante destacar que, si homologamos la palabra psora con psoriasis, tanto sífilis como sicosis siguen teniendo vigencia como afecciones. Y sobre la psoriasis se siguió batiendo el parche. A principios del siglo pasado, las revistas de nuestro país promovían, para ella, la cura con uvas con el “Fermento puro de uvas Jacquemín del Instituto Científico de Malzéville (Francia)”.

Pasamos a otra afección. Felizmente, el avance de los conocimientos enterró en el olvido la epidemia de ergotismo que se desarrolló en la Edad Media. Época de grandes hambrunas, feliz expresión de Josué de Castro, la Peste Negra que despobló los campos acentuó la falta de alimentos. Los pobres saciaban su apetito fabricando pan de centeno que recogían del piso de las trojes, habitualmente húmedo, que ya había sido vaciada. Ese grano estaba contaminado con cornezuelo de centeno, es decir, con el micelio del hongo *Claviceps purpurea*. La producción por parte del mismo de un isómero del ácido lisérgico y de ergotamina causaban, en quien comiera ese pan, un síndrome mixto de alucinaciones, contracturas y excitación nerviosa junto con necrosis que afectaba sobre todo a los dedos y a la nariz. En 1315, se abatió la mayor hambruna sobre Europa. Quienes deambulaban por los campos, presas de sus alucinaciones con sus dedos gangrenados y los estigmas en su rostro, deben haber sido encasillados como leprosos. La lepra y la sífilis, son enfermedades que consideramos patognomónicas a los efectos de la individuación, pero también mencionaremos al herpes zoster que ha tenido y tiene una historia particular. De tanto en tanto uno escucha: “Los médicos no curan la culebrilla, ¿no es cierto, doctor?” o lo que es mucho peor: “Mi médico me dijo que consulte con una curandera puesto que son ellas las que curan esta enfermedad”. Es preciso recordar que en el libro de Felipe Basch¹⁸, de 1933, titulado *Enfermedades infecciosas*,

¹⁸ F. Basch, *Enfermedades infecciosas* (tomo II), Buenos Aires, Aniceto López, 1933.

el autor decía que “algunos médicos han encontrado esta enfermedad (refiriéndose a la varicela) asociada al pródigo, al zona, rubéola y la escarlatina”. Sin embargo, en 1919, Lowenstein, repitiendo experiencias de Gruber, concluía que la causa de esta enfermedad era un virus filtrable. Es decir que la asociación varicela-herpes zoster es relativamente reciente en la historia de la medicina.

Orestes Di Lullo¹⁹, en un trabajo sobre *La medicina popular en Santiago del Estero*, nos cuenta algunas antiquísimas oraciones que rezaban los ensalmadores. Ya documentado alrededor de 1513, un ensalmo con este fin decía así:

“Jesucristo nació
Jesucristo murió
Jesucristo resucitó
e se puso en la cruz
por nosotros pecadores.
Siendo así, como esto es verdad.
Así se cure este mal”.

Luego de esta introducción de carácter general para la cura con ensalmos, venían las oraciones específicas para cada mal.

“El rey Egre en el campo estaba
e Agueda, su fija, la merienda le llevaba;
e le dixo: Padre,
los montes e los valles arden
–E dizo: fija, no es fuego ni arde
mas es colebro o colebrilla.
–Con que lo mataremos–
Con el unto sin sal
e con la ceniza del hogar
e con el polvo de la casa barrida.
Fía, fía, fía en la Virgen María”.

“Y luego tomaba el unto, la ceniza y el polvo de la casa barrida y lo refregaba nueve veces sobre la llaga, durante nueve días, diciendo cada vez las mismas palabras”. Otro ensalmo para tratar el herpes zoster, de dos siglos atrás, dice:

“Jesucristo se encontró con Eliseo,
–Dónde vas, Eliseo?
–A buscar la yerba
para matar la culebra.

¹⁹ O. Di Lullo, “La medicina popular en Santiago del Estero”, *La Prensa*, Buenos Aires, 5 de octubre de 1941.

–Vuélvete a la tierra
busca el hinojo y la agua fría
en nombre de Jesús y María”.

Los ensalmos, o las súplicas o las amenazas, para expulsar a los demonios vienen desde antiguo. En el Egipto de los faraones –como se pudo leer en el papiro de Hearst– se asustaba a los espíritus para que abandonaran a una persona. Un conjuro dice así:

“Oh fantasma, oculto, escondido,
que en esta mi carne está,
que en estos mis miembros...!
¡Sal de esta mi carne, de estos mis miembros!
¡Mira: te he traído excremento para que tragues!
Cúdate, escondido:
pon atención, oculto; retírate”.

En 1993, José Seoane Gallo²⁰ publicó el libro *El folclore médico de Cuba* donde testimonia Ulpiano, de 68 años, obrero de Morón, Cuba, que dice:

“Yo curo la culebrilla con nueve hojas de naranja y una oración que me enseñaron. Cojo tres hojas y las paso en cruz por la culebrilla completa, pero principalmente por los extremos, para evitar las ramificaciones y que no crezca, y voy diciendo esta oración:

‘En el nombre de Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo. Estas hojas bendecidas, influenciadas por tu ser, son para poder ver la culebrilla vencida’.

“Esto lo hago tres veces con tres grupos distintos de hojas, hasta acabar con las nueve. A falta de hojas de naranja se puede usar cualquier hoja, porque lo que cura no es la hoja sino la fe.

“La oración la aprendí un día que ví que estaban curando a uno. Al poco tiempo se presentó la ocasión de un caso de culebrilla en un vecino y yo me decidí a hacer lo mismo que había visto hacer. Así lo hice y el enfermo se curó. Yo creo que el poder de curarla es como un don que Dios le da a uno al nacer. En el caso mío se descubrió por casualidad.

“Pero el don solo no basta; el enfermo tiene que tener fe en que se va a curar. Yo parto siempre de eso; si el enfermo no tiene fe en que se va a curar con la oración, yo me niego a hacer la cura. Tengo que decirle que la misma oración, cambiándola un poco, la he usado para curar varias enfermedades y casi siempre me ha dado resultado”.

²⁰ J. Seoane Gallo J, *El folclore médico de Cuba. Enfermedades de la piel*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1993.

Y llegamos al siglo XXI habituados a observar la lesión herpética surcada por los gruesos trazos de la tinta china en todas las clases sociales y en todos los estratos de la educación. Lain Entralgo²¹ sostenía que, en Holanda, el 40% de la población concurría a las terapéuticas alternativas.

Las manifestaciones cutáneas de la sífilis, presentes sobre todo en la primera y segunda etapa de la enfermedad, motivó que esta afección general, que tanto arremete sobre el sistema cardiovascular como el nervioso, haya pertenecido a la dermatología y no a las afecciones infecciosas. El primer problema que se presenta con la sífilis es determinar su origen. Desde mediados del siglo XVI se debate si la llevaron a Europa los marineros de Colón o si ya estaba presente en el Viejo Mundo. La hipótesis habitualmente sustentada, iniciada en 1509, por Días de Isla, consigna que –en 1495– durante el sitio de Nápoles por las tropas francesas de Carlos VIII, se desarrolló una extraña epidemia de úlceras y pústulas que causaba algunos casos mortales. Al capitular los franceses esparcieron el mal por Italia, Francia y Alemania. Pronto ingresó en las islas británicas y se difundió por toda Europa.

Fue así que los franceses la llamaron mal de Nápoles o mal napolitano; los italianos mal franzoso, los españoles “mal francés” y todos, en latín, “morbus gallicus”. De ahí, su característico contagio sexual, “la cólera divina por la lujuria de los humanos”, la constituyeron en la “pestilencia no vista jamás”, como la caracterizó López Villalobos en su *Tratado sobre las pestíferas bubas*, editado en 1498. Un año antes, Niccoló Leonicensi había iniciado la abundante literatura médica sobre la nueva enfermedad. En 1521 (publicado en 1530), Fracastoro le dio el nombre definitivo a la enfermedad cuando escribió el poema *Syphilis, sive morbus gallicus*²².

En 1539, se publicó el *Tratado llamado Fructo de todos los santos, contra el mal serpentino venido de la Isla Española*, del sevillano Rodrigo Ruiz Díaz de Isla donde le atribuye su origen a los marineros de Colón que llegaron de Haití. Idéntica hipótesis sostenía Gonzalo Fernández de Oviedo en su *Historia General y Natural de las Indias*, publicada en 1535, que además agregaba que cuando el Almirante regresó a Santo Domingo se encontró con más de 160 enfermos del “mal francés”.

Uno de los que con mayor entusiasmo se negó a aceptar esta especie, fue el medievalista de la medicina Kart Sudhoff quien, con

²¹ P. Lain Entralgo, *Antropología médica para clínicos*, Barcelona, Salvat, 1986.

²² E. F. Costa, *Historia de la sífilis*, Buenos Aires, Eudeba, 1977.

diversos testimonios –entre ellos el de una doncella que aleja al pretendiente de sus favores diciéndole que tiene ese mal– anteriores al descubrimiento de América. No obstante, nos llama la atención que la mayoría de estos datos se hallan muy cercanos a 1492. ¿Por qué no mucho antes? Pedro Laín Entralgo, con su autoridad intelectual y otros argumentos, tiene la misma idea.

Luego aparecerá Paracelso quien fustigó duramente el ineficaz tratamiento con leño de guayaco. También censuraba el mercurio que, posteriormente, sería el tratamiento de elección –de uso interno– bajo la forma de precipitado rojo.

Todavía tendríamos otro hito importante: la desgraciada experiencia de John Hunter, quien se inoculó pus de un enfermo con blenorragia. Un mes después había desarrollado un típico chancro sifilítico que era lo que quería demostrar: blenorragia y sífilis eran una misma enfermedad. Desde allí y durante un tiempo, hasta que Benjamín Bell –en 1793– diferenció ambas afecciones, el chancro luético se llamaría hunteriano. Con esa idea murió Hunter ese mismo año, 1793. ¿Qué había pasado? El paciente del cual Hunter había extraído pus, padecía también de sífilis, tal vez un chancro intrauretral²³.

Así, la “gran simuladora” siguió generando desastres y estigmatizando generaciones hasta que Alexander Fleming, con Chain y Florey –y este último según Witkowski²⁴ con el consejo del francés René Dubos que puso su atención en el extraño moho– lograron la penicilina. Reacción de Jarisch-Herxheimer mediante, luego la adecuada administración del fármaco, pareció que había sido vencida, sin embargo, el síndrome de inmunodeficiencia adquirida y los profundos cambios sociales que sucedieron la han puesto nuevamente sobre el tapete.

Otra enfermedad que establece sus lesiones visibles en el tegumento es la lepra²⁵ que, con sus crueles lesiones en piel, generó el rechazo social del paciente a quien, en la Edad Media y con una maniobra espantosa, se lo segregaba de la sociedad. El origen histórico de la lepra no puede datarse con precisión. Los testimonios de fuentes egipcias permiten apreciar que la enfermedad ya estaba instalada entre tres o dos mil años antes de Cristo. Hacia 1850 a.C. se encontraba en el Mediterráneo oriental y, en el siglo II de nuestra era se extendía por todo el Imperio Romano.

²³ F. Pégola y O. Okner, *Historia de la medicina*, Buenos Aires, Edimed, 1986.

²⁴ N. Witkowski, *Una historia sentimental de las ciencias*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2007.

²⁵ F. Pégola, *Miseria y peste en la Edad Media*, Buenos Aires, El Guion, 2006.

Las primeras explicaciones sobre su génesis hablan de beber vino corrompido o comer carne de cerdo en mal estado. Luego, como ocurrió con casi todas las enfermedades, se la consideró un castigo divino.

Debemos señalar que no todo lo que se consideró lepra en el Antiguo y en el Nuevo Testamento fue tal. Con ese nombre genérico se clasificaban las más disímiles manifestaciones de enfermedades de la piel, tales como sarna, psoriasis, impétigos, hasta el vitiligo. En ninguno de los casos señalados se menciona la anestesia, los tubérculos o la facies leonina, por nombrar algunas de las más características manifestaciones.

El investigador peruano Neyra Ramírez, que estudió estos textos, encuentra en el *Levítico* del Antiguo Testamento 59 menciones de la afección con más o menos esta oración: “el hombre en cuya piel apareciera color extraño o postema o especie de mancha reluciente”. Pero llama a confusión, porque sugiere vitiligo, cuando dice: “el cual si viere lepra en la piel con el vello mudado en color blanco”. Aunque en otro párrafo aclara: “el hombre o la mujer en cuyo cutis aparecen manchas blancas y si esto tiende a oscurecerse sepa que no es lepra sino ciertas manchas de color blanquecino y que la persona está limpia”.

En Crónicas 26 se dice: “Uzías u Ozías, descendiente de Salomón, tuvo ira contra los sacerdotes y le brotó la lepra en su frente y al mirarlo el sumo sacerdote vio la lepra en su frente y así el rey Uzías fue leproso hasta su muerte; lo sepultaron con sus padres en el campo de los sepulcros reales pero fuera de ellos porque dijeron: ‘leproso es’”.

En el Nuevo Testamento las menciones sobre la lepra disminuyen. Tanto en el Evangelio de San Mateo como en el de San Marcos, Cristo efectúa un milagro similar: un leproso le solicita curación y éste le responde que sí quiere y “al instante desapareció la lepra”.

En la parábola del rico Epulón, un mendigo leproso llamado Lázaro comía las migajas. Cuando ambos murieron, como ustedes sospecharán, el rico fue al infierno y el pobre al cielo. La lepra llamada mal de San Lázaro, es por este mendigo y no por el Lázaro, hermano de María Magdalena y de Marta a quien Cristo resucitó.

En la Alta Edad Media se construyen las casas especiales para su internación que primeramente se llamaban lazaretos (*lazzareti* en italiano, en honor al patrono de la enfermedad o San Lázaro) y después simplemente leprosarios. En ellos los pacientes debían permanecer y solamente podían salir en algunas festividades religiosas. Es

clásico que si deseaban comprar un alimento debían indicarlo con un puntero y de esa forma evitar tocarlo²⁶.

Todo cambió cuando los cruzados también enfermaron de lepra: la afección pasó de ser un pecado a convertirse en una enfermedad santa. A partir de ese momento los enfermos son ayudados con sentido cristiano. Se suprimen los funerales en vida para los leprosos y deja de ser causa de separación, como lo establece –en 1179– el Concilio de Letrán. Llega la fundación de la Orden de San Lázaro, en 1120, que se ocupa del cuidado de los leprosos en “lazaretos”.

En la Edad Media los leprosos debían distinguirse por sus vestidos especiales, guantes y, en algunos casos, máscara. El ritual funerario que hemos mencionado se efectuaba en el momento de la separación de sus seres queridos. Consistía en amortajarlo como a un cadáver, colocarlo en ataúd y foso y echarle –simbólicamente– una o dos paladas de tierra. El enfermo había muerto –idealmente– para la sociedad de la que debía apartarse de por vida. Se llegaba a ese estado luego que el presunto afectado de lepra era examinado por una comisión compuesta por médicos y cirujanos, presididos por el cura párroco. Si había contraído el mal se lo enviaba a una leprosería, en caso contrario, si estaba “puro”, era absuelto y se lo declaraba inocente. Existía un catálogo que describía los síntomas que debían ser tenidos en cuenta: 1. músculos duros y con protuberancias; 2. piel reseca; 3. caída del cabello; 4. atrofia muscular; 5. insensibilidad y espasmos; 6. exantemas cutáneos (tiña, escamas, úlceras); 7. granulaciones (debajo de la lengua, en los párpados, detrás de las orejas); 8. escozor en la piel; 9. piel de gallina al exponerse a las corrientes; 10. sudoración; 11. fiebre; 12. carácter embustero y airado; 13. pesadillas; 14. pulso débil; 15. sangre negra y granulosa; 16. orina blanca. Es de suponer que, con esta cantidad de síntomas muchas otras enfermedades se encasillarían como lepra.

En 1225, existían en Francia 2.000 leproserías puesto que, a raíz de las cruzadas, la enfermedad se difunde –entre los siglos XI y XIII– como una epidemia. Después de esa fecha comienza a declinar en Europa y prácticamente desaparece. Sin embargo, no ocurrió lo mismo en India, África y Latinoamérica que, aún en este siglo, la siguen padeciendo.

En 1873, el investigador noruego Armauer Hansen descubrió la bacteria causante de la enfermedad y poco después el bacteriólogo alemán Albert Neisser aisló al bacilo en los tejidos enfermos²⁷.

²⁶ Id., *ibídem*.

²⁷ F. Pérzola y O. Okner, *ibídem*.

Había terminado la época de los cascabeles con los cuales los leprosos debían anunciar su presencia o de las pequeñas mirillas en los muros de las iglesias para que pudieran seguir los oficios religiosos.

No obstante, el tiempo ha demostrado que la discriminación para estos enfermos sigue vigente.

La estética forma parte de la salud de un individuo. A través de su cuerpo en estado de salud (con los reparos que siempre tiene esta palabra en su mayor amplitud), donde la piel cobra una espectacular importancia, mantiene su autoestima que la neuropsicoinmunología demostrará que es un elemento importante para el equilibrio humoral. Si en la Edad Media un enfermo de lepra era rechazado por la sociedad, luego de 600 años su condición poco ha cambiado. Sin embargo, a partir del siglo XV –algunos lo atribuyen al capitalismo, otros a las consecuencias de la Peste Negra– ser individuo es parte de ser él mismo; antes de ser miembro de una comunidad, el cuerpo se convierte en un ámbito preciso, delimitado, que establece la diferencia entre un hombre y otro. Aparece el factor de individuación. Es el despegue teológico que se opera en el Renacimiento. Al desprenderse de la sociedad, al aislarse del cosmos, el cuerpo adquiere la magnitud que lo hace su único tesoro. La piel y el armónico aspecto de su estructura es lo que lo separa del mundo exterior. Todo lo que lo aparte de la normativa, afecta la individuación.

La mirada del otro, de la alteridad, es lo que otorgará el juicio necesario para su autoestima. La estética de la mujer actual con sus afeites y sus cirugías lo ha comprendido. La enfermedad que deforme, ulcere, pigmente su tegumento exterior –sin necesidad de bucear en profundidad– originará el rechazo del otro.

Atendíamos clínicamente a una mujer de alrededor de 60 años con un melanoma en su mejilla, justo en la ubicación de la bola adiposa de Bichat, tumor que creció aceleradamente, desplazó el ojo izquierdo, se extendió hasta la oreja del mismo lado, deformó el rostro y, ulcerado, manaba un líquido serosanguinolento, mientras dejaba a la boca en un trismus nada agradable. Pues bien, la enferma narraba acongojada que cuando bajó de un taxi el conductor huyó despavorido haciéndola caer sobre la vereda. Pero, por otra parte, mencionaba que, mientras hacía fila en un banco, los niños la observaban y le hablaban serenamente. No pensaba ella que los medios de comunicación los habían preparado para mirar a los que ellos llamaban “los monstruos”.

“La mirada es, hoy –dice David Le Breton²⁸ en *Antropología del cuerpo y modernidad*–, la figura hegemónica de la vida social urbana. Simmel ya lo había presentado, a comienzos del siglo (se refería al siglo XX), cuando señaló que ‘si se comparan las relaciones entre los hombres de las grandes ciudades con los de las pequeñas, aquéllas se caracterizan por una marcada preponderancia de la actividad de la vista por sobre la de la audición. Y no solo porque en las ciudades pequeñas los encuentros que se producen en la calle son, casi siempre, con personas conocidas con las que se intercambia una palabra, y cuyo aspecto reproduce toda la personalidad –no solamente la personalidad aparente– sino, ante todo, a causa de los medios de transporte público...’”. En el siglo XXI, ante la presencia de la telefonía celular, es muy probable que Simmel hubiera retocado su aserto.

Vedado parcialmente –en el aspecto visual– los medios actuales de comunicación, ampliamente mayoritarios audiovisuales, le han otorgado a la piel un protagonismo, sobre todo en Occidente donde la mujer no oculta sus atributos, un protagonismo que nunca tuvo en la historia de la humanidad a excepción de pueblos de cultura pretécnica o, como los llamaba Mulhman, naturales.

El fin que persigue el adorno del tegumento con toda la agresión que significa un tatuaje será estético o será expresión de un dolor íntimo, psíquico. Eco²⁹ dice que “los conceptos de bello y de feo están en relación con los distintos períodos históricos o las distintas culturas y, citando a Jenófanes de Colofón [...] ‘si los bueyes, los caballos y los leones tuviesen manos, o pudiesen dibujar con las manos, y hacer obras como las que hacen los hombres semejantes a los caballos el caballo representaría a los dioses y semejantes a los bueyes, el buey, y les darían cuerpos como los que tienen cada uno de ellos’ [...] En la Edad Media, Giacomo da Vitri [...], al ensalzar la belleza de toda la obra divina, admitía que probablemente los cíclopes, que tienen un solo ojo, se sorprenden de los que tienen dos [...]”.

Son muchas otras las afecciones de la piel que han producido rechazo o, en casos puntuales, los que las padecieron fueron vistos como seres especiales motivo de veneración, tal como ocurrió con los albinos en ciertas culturas. Es indudable que su descripción alterna entre lo científico y la cultura popular, que siempre ha estado asida al mito, la magia o las prácticas religiosas.

²⁸ D. Le Breton, *Antropología del cuerpo y modernidad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1995.

²⁹ U. Eco, “Historia de la fealdad”, *adncultura La Nación*, Buenos Aires, pp. 5-7, 1º de marzo de 2008.